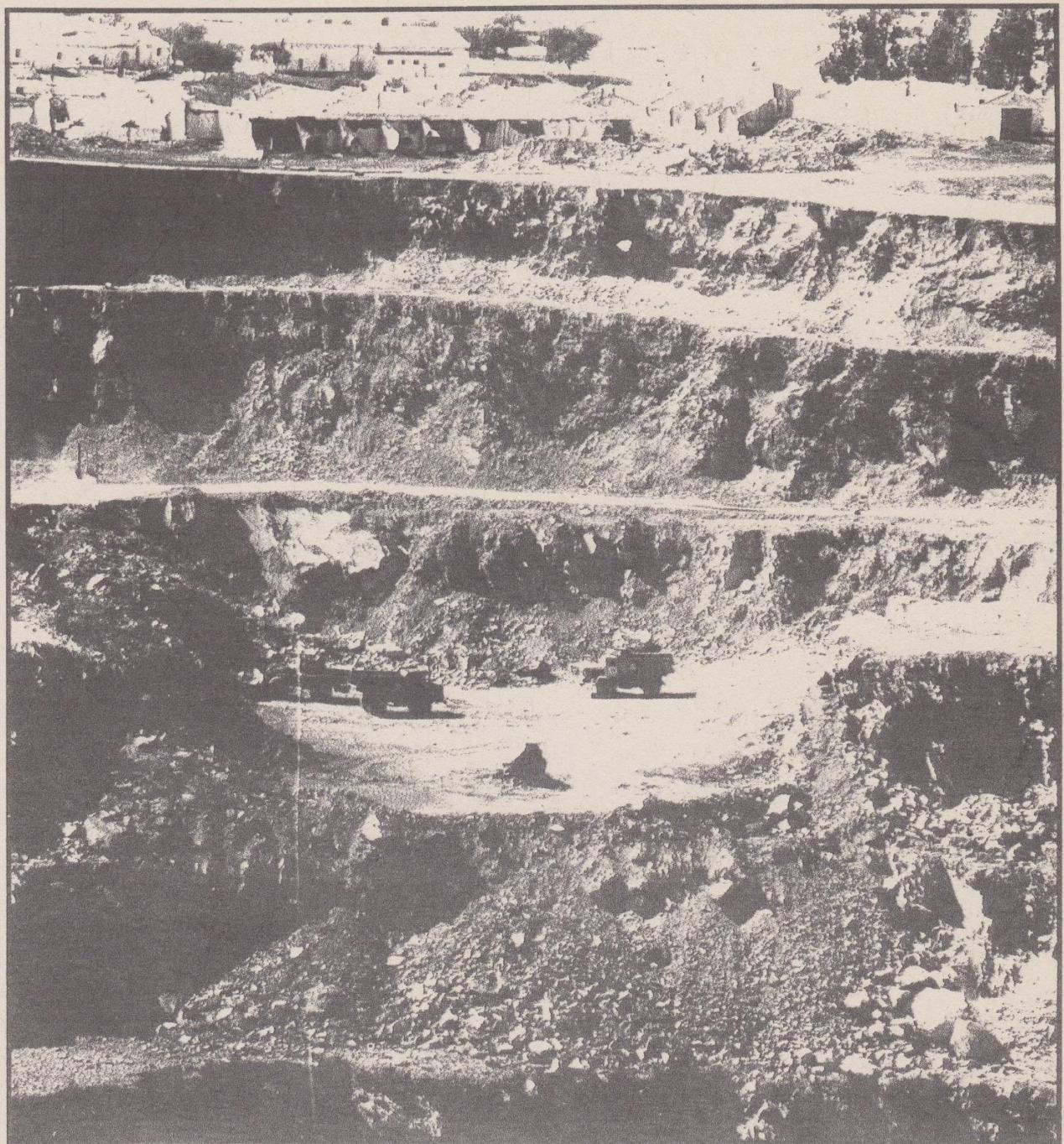


LAS MINAS DE THARSIS

Proyectos Romano, Francés y Británico en España

LA VIDA EN LOS PUEBLOS MINEROS, 1866-1914



Por Sydney George Checkland

Edita: Asociación de Vecinos PUEBLO NUEVO - THARSIS
Imprime: Gráficas Doñana, s.l.

PRÓLOGO

No existe un estudio comparable sobre una gran empresa minera, y el Profesor Checkland ha tenido un gran éxito en lograr una síntesis de factores científicos y técnicos con artículos económicos, sociales y políticos, dentro de una sola obra. Su historia de esta forma, es muy atractiva para el lector en general, además de ser interesante para historiadores y economistas, para estudiantes de historia empresarial y de comercio en particular, a estudiantes de ciencia aplicada y tecnología, sobre los problemas sacados adelante por una empresa en el extranjero en un país relativamente desarrollado, y a aquellos interesados en la evolución de España en el último siglo. No es corriente, después de todo, que empresas modernas se encarguen de los trabajos abandonados por la caída del Imperio Romano: 'sus múltiples molinos de agua inmóviles, sus columnas y galerías en total silencio sino fuera por el sonido del goteo del agua al caer sobre la roca'

The Mines of Tharsis
By S.G. Checkland
Departament of Economic History
The University of Glasgow
September, 1966



LA VIDA EN LOS PUEBLOS MINEROS, 1866-1914

La Compañía trajo consigo el establecimiento de dos pueblos mineros considerables, Tharsis y La Zarza, y otro algo menor en el depósito y muelle de Corrales. Introdujo una forma avanzada de producción en una sociedad subdesarrollada; esa sociedad, aunque Europea, era muy distinta a la de Gran Bretaña. Los pueblos fueron formados en una área donde no había nada que sirviera de base para industrias complementarias ni ciertamente ninguna alternativa de empleo significativa. Estas poblaciones fueron así, en gran parte, lugares en los que habitaban comunidades híbridas de dirección extranjera y trabajadores españoles, teniendo escaso parecido con otras actividades humanas en la región.

En Tharsis por 1856 Deligny había atraído una fuerza laboral de unos 1.500 trabajadores efectivos, aparte de muchísimos conductores de mulos y carreteros; junto con mujeres y niños, ellos hicieron una población de entorno a 3.000 personas. Parece, sin embargo, que hubo grandes variaciones en el número de trabajadores, esto dependió del programa de desarrollo de la Compañía, de su capacidad de pago de salarios, y de las estaciones agrícolas. A mitad de los sesenta, el número de trabajadores variaba entre anchos límites: desde 800 a 1.300. En 1.866 la población de Tharsis era de 1.288 trabajadores, y 1.071 mujeres y niños, dando un total de 2.359. En 1873 había allí 1.046 trabajadores, más 260 eventuales, junto con 1.215 mujeres y 514 niños. Desde el principio, aparecían que el número de mujeres y niños presentes en las minas fue más o menos igual al de los hombres. Sobre 1873 las mujeres y los niños superaron en número a los hombres, reflejando el crecimiento de las familias.

En un país con mucho desempleo y muchísima hambre, los hombres fueron atraídos fácilmente por un empleo estable y un salario. El conseguir ganarse la vida por el rendimiento de la escasa tierra de las colinas siempre había sido difícil; además con las lluvias virtualmente confinadas a los meses de Octubre a Abril, y con veranos ferozmente calientes, el destino de la cosecha, los animales, y los humanos dependientes de estos, todos dependían del alcance de las lluvias invernales y que fueran suficientes para contrarrestar las precipitaciones menores e irregulares de la primavera y el verano.

Eran requeridas pequeñas habilidades o algo de experiencia, aunque para los trabajos en la explotación a cielo abierto no hubo tales demandas. Muchos hombres mantuvieron una conexión con su lugar de nacimiento, volviendo de regreso a casa para ayudar con la cosecha. Por otra parte, si el trabajo público en la provincia aumentaba, la actividad laboral se hacía menos intensa. Algunos vinieron de pueblos vecinos o de otras partes de Andalucía. Otros vinieron de otras provincias de España. Especialmente de Asturias, en el norte, vagando grandes distancias en busca de trabajo. Fríos, enjutos Vascos y Gallegos corpulentos mezclados con delgados Andaluces y pequeños, activos Portugueses. Unos pocos fueron hombres de Cornualles (Inglaterra), traídos a Tharsis para operar y mantener motores. Durante veinte años o más, en medio de esta población migratoria, hombres y mujeres podían ser distinguidos por sus orígenes. Pero todos, en su sentimiento, fueron extranjeros en una tierra extraña, sin la unificada tradición de los mineros Asturianos, quienes habían trabajado

LAS MINAS DE THARSIS

juntos por generaciones y quienes incluso habían luchado juntos en la guerra de guerrillas contra el ejército de Napoleón.

Hombres de tales orígenes fueron, por supuesto, política e industrialmente ingenuos. Aunque ellos estuvieron cerca del tumulto una o dos veces cuando la Compañía Francesa no tuvo el dinero disponible para pagarles, ellos no reaccionaron a los cuatro años de guerra civil que terminó en 1874. La Compañía de Tharsis no tuvo verdaderos problemas de trabajo en los primeros siete años de su existencia. La Primera Internacional Comunista, altamente exitosa en las cuencas carboníferas de Asturias, envió sus emisarios a las minas de Tharsis en Mayo 1873. Ellos fueron hábiles, usaron tanto súplicas para solidaridad como amenazas de fuerza, para llevar las minas a una parada de diez días. Al principio, las mentes de las gentes fueron afectadas, les hicieron empezar a preguntarse sobre las condiciones en las cuales ellos vivían. Pero los mineros Andaluces, aunque ahora contagiados con nuevas ideas, fallaron a la hora de desarrollar la dedicación a las ideas marxistas que caracterizaron a los mineros en Asturias, realmente sus males fueron menores y su carácter fue diferente del de sus hermanos sobrios y frugales del norte.

Todas las compañías mineras tuvieron sus vigilantes armados: hombres con rifles antiguos o trabucos, frecuentemente reliquias de las guerras Carlistas, con cinturones y sombreros de bandido con cordón. Estos hombres guardaban muelles, depósitos y almacenes, fueron una característica y una muy antigua peculiaridad del país. Un destacamento de la Guardia Civil, un cuerpo formado en 1844 para acabar con los bandidos y para imponer la paz, aseguró que el comportamiento de los mineros estuviera dentro de los límites. El director General tuvo su propia pequeña corte en los peldaños de la oficina. Los delitos y altercados fueron juzgados. Una iglesia fue construida a costa de los accionistas de la Compañía Francesa, pero en un sitio más conveniente a la dirección que a los trabajadores; se proveyó el mobiliario y las vestimentas, y se pagó el salario de un sacerdote. Se fundó una escuela por la Compañía Francesa para impartir educación elemental para los muchachos; esta facilidad fue ampliada por la Compañía Inglesa a las muchachas en 1872. El edificio tuvo un uso secundario como capilla Protestante. En 1881 una escuela mucho más grande fue construida y se comenzaron clases para los hombres. Pero fue difícil para el trabajador de la mina ver el beneficio de estos aprendizajes, y el experimento pronto se desvaneció. Por lo general, el analfabetismo del adulto era casi completo. Se contrató un médico y se construyó un hospital, para tratar los casos de accidentes y enfermedades epidémicas. Las últimas incluyeron viruela, difteria, gripe y fiebre de malaria. En una epidemia de sarampión en 1893 hubo 1.200 casos y trece muertes.

El desarrollo de la vida familiar sirvió para estabilizar la comunidad, y para hacerla más sensible a la disciplina de la Iglesia. Mejoró la asistencia a la escuela, aunque los padres no tuvieron gran sentido de la importancia de la educación. Pensaban que todo lo más que podía ser logrado era que una hija aprendiera el arte de la costura, o que un puesto de trabajo fuera ganado para un hijo en la oficina de la Compañía; esto último fue una perspectiva que muy pocos podrían conseguir. Pero aunque el aumento de la vida de familia dio coherencia y disciplina,

también trajo sus dificultades. Al igual que la política Española se llenó de corrupción cuando los individuos consideraban que debían servirse de la ventaja que les daba su posición para beneficiar a sus familias, también ocurrió en el pueblo minero. Un padre ayudaba a su hijo a emplearse, los guardias privados de la Compañía, con mucho poder, estaban tentados de favorecer a los suyos; igual ocurría con listeros y almaceneros.

La vida familiar no pudo ser fácil en las viviendas facilitadas. En los tiempos de Deligny los trabajadores tuvieron que depender de su propia habilidad en construir cuchitriles, o residir en los pueblos vecinos, por 1879 hubo solamente setenta y nueve moradas en Tharsis. La gente construyó cabañas de piedra y lodo, ambos eran abundantes. Bajo la dirección de Mercier, antes de 1866, 238 nuevas casas fueron construidas, dando un total de 307. Consistieron en un simple y único cuartel de 5 metros de largo por 4,5 de ancho, muchos sin ventanas ni chimenea, techados o cubiertos con tierra. El promedio de ocupantes era de ocho, sin consideración de sexo, edad o condición marital. En 1873, siete años después de la fundación de la Compañía Inglesa, hubo cerca de 700 casas.

A pesar de este aumento de viviendas el promedio por casa fue todavía de cinco personas. Los ocupantes se las arreglaron ellos mismos con todas las permutaciones posibles de casados y acoplando hombres solos o mujeres solas. No había todavía ni letrinas ni desagües. El suministro de agua fue restringido, desde las primaveras. Así era que la mayoría de los diques fueron inusables aparte de para el lavado de mineral, puesto que contenían tanto sulfato de hierro como ácido sulfúrico. El Informe de las minas hecho en 1873, el año del beneficio de 40 por ciento, motivó que la Compañía se embarcara en un importante programa de viviendas, edificando 474 nuevas moradas y un hospital nuevo en dos años.

En los años setenta (s.XIX) la Compañía Británica se hizo consciente del degradado estado de los pueblos, y de la pérdida de eficiencia en hombres tan mal alojados. Comenzó la renovación de las casas existentes, reconstruyó más de la mitad, con un costo de 24 libras cada una. El alquiler de estas nuevas casas representó el 8 por ciento del coste de su construcción. En el mismo tiempo la Compañía racionalizó el diseño urbanístico del pueblo. Las casas de los mineros fueron construidas en filas, sobre un plano rectilíneo, con una plaza de mercado cerca del centro. Cada fila presentaba su parte trasera a otra fila; entre ellas estaba el cobertizo y los lavabos.

La dieta fue sencilla. La comida de mediodía consistía de una tajada de melón, una naranja, o una cebolla, junto con pan, el elemento principal. Por la noche había guiso de vegetales y tocino, o arroz y pescado, junto con una cantidad moderada de vino. Bastantes de ellos, de los trabajadores, mantuvieron cerdos, y el gran aumento del número de los mismos provocó lógicos problemas, pero suministraron la mayor parte de la carne de los aldeanos, además de las cabras. Los cerdos hicieron posible la salchicha de ajo o la manteca de cerdo. Pero mucha de la comida se importaba. Cada mañana a las cuatro la plaza se llenaba con gentes del campo que

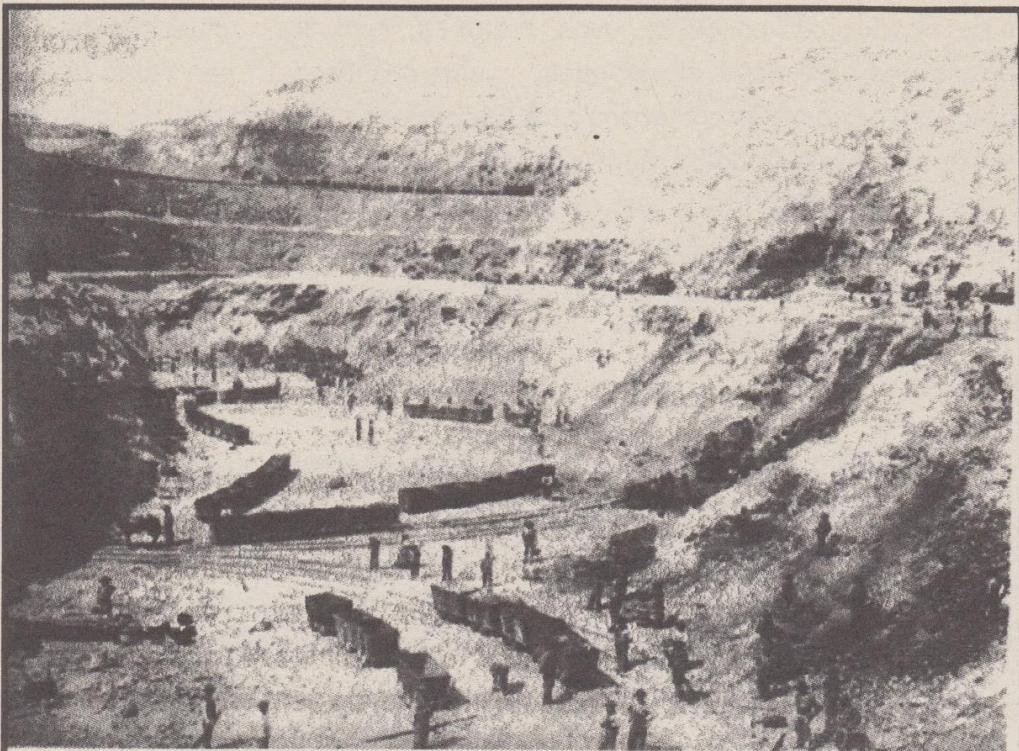
LAS MINAS DE THARSIS

habían traído sus productos (naranjas, uvas, melones, tomates, pimientos dulces, etcétera. desde considerables distancias en caballos, mulos o burros. El pan venía incluso de mayor distancia, traído junto con otros alimentos a los pueblos en el ferrocarril de la Compañía. En su vestimenta el minero Andaluz mostró una fuerte individualidad. Él llevó una manta (un manto de colores muy brillantes), un pañuelo alrededor de su cabeza o un sombrero de penachos, zapatos de lona con suelas y con cordones de esparto, calzones de tela ancha hasta la rodilla, un cinturón o faja sujetando su cuchillo, tabaco y dinero. En Domingo él podía llevar una chaqueta de buena apariencia. En los días de descanso se jugaba mucho a las cartas y a juegos al aire libre.

En los días de pago había baile, cante y música. Normalmente, se bebía "alcohol de patata ardiente"; si así era, había grescas e incluso puñaladas. El suministro de este alcohol a los trabajadores del sur fue el comercio más lucrativo en las minas; las compañías hicieron lo que podían para controlarlo y evitar sus efectos, pero tuvieron grandes dificultades. Este exceso de borracheras es, por supuesto, relativo: hubo mucho de eso en Gran Bretaña en ese tiempo, en las áreas de minería como en otras partes.

En Tharsis estos problemas fueron mucho menos serios que en Riotinto. Puesto que en Tharsis casi todo el terreno adyacente a las minas fue de propiedad de la Compañía, fue posible la expulsión de indeseables, el control de los clubes de trabajadores, y una general supervisión social. En Riotinto, con una fuerza laboral mucho mayor (Había 9.000 trabajadores por 1889) y una mucho menor posesión de los terrenos, esto no fue posible. En cierto tiempo en Riotinto hubo una gran plaza de toros que se convirtió en foco de toda clase de diabluras. A pesar del hecho de que parte del personal Británico fue de los principales promotores de las luchas de toro, la Compañía fue finalmente quien adquirió la propiedad de la plaza y la destruyó. En seis semanas hubo alguna vez siete asesinatos en Rio Tinto.

A mediados de los ochenta el complejo urbanístico general de Tharsis había tomado su forma característica sobre el terreno. Los filones por ellos mismos, y los problemas técnicos de acceso para la explotación, fueron el principal factor determinante de la ubicación de las viviendas. Si además todo el mineral de la zona ya había sido extraído, entonces el motivo era muy lógico. Pero la calcinación y el lavado de cerca de un tercio del mineral fue la principal circunstancia que dio forma al desarrollo del poblado. Para estas tareas se necesitó mucha agua: las operaciones se realizaban en la cuenca de un río donde un área de captación podía ser establecida. El quemado del mineral liberaba el azufre provocando una gran contaminación atmosférica; con los predominantes vientos del noroeste y del sudeste, el pueblo de trabajadores estaba mejor situado más al occidente del Filón Norte. El "Pueblo Nuevo", donde la dirección vivió desde poco después de los ochenta, estaba también al oeste del área de calcinación, pero más al sur, en la hendidura entre el Monte Tharsis y la colina adyacente, no lejos del cementerio Romano.



Labores de minería intensiva en los años 80 (s.XIX). Explotación a cielo abierto de Filón Norte en Tharsis

Los poblados, las minas, los picos y el área de calcinación, causaban una gran impresión al visitante, imaginándose como ante el paisaje de un "Paraíso Perdido". Las enormes excavaciones a cielo abierto, los sistemas de túneles y pozos, las trogloditas condiciones de trabajo, el ruido, los humos, las escorias vertidas de los hornos, el verde, azul y rojo de los arroyos contaminados, provocaban un poderoso impacto. Por encima de todo, flotaba una gran nube azufrosa, alimentada por la llama vacilante y azul de la cima de las teleras, que provocaban densas columnas de humo blanco que se fusionaban en una masa enorme, puesta en movimiento por la acción del viento.

La misma tan deficiente secuencia general de asentamiento que había sido experimentado en Tharsis fue repetida en La Zarza. El problema de la no preparación de un plan de viviendas fue estudiado sobre la primera década: la fuerza laboral para descubrir la explotación a cielo abierto y para construir el ferrocarril sencillamente fue reclutada. En la terminación del ferrocarril, en todo caso, hubo una dispersión considerable, unos 1.500 hombres se marcharon de los pueblos, especialmente de La Zarza. No obstante, allí hubo un gran apiñamiento. En 1892 había 3.600 personas en La Zarza, en 463 casas. El hecho de que la mayoría de las casas tenían todavía dos cuartos llevó a una mala situación. Los hombres casados no podían traer a sus familias a la mina. Una vez más un programa de edificación fue necesario, especialmente en las casas de dos cuartos, costando cerca de 30 libras cada una.

La mayoría de la masa laboral, tanto en Tharsis como en La Zarza fue empleada en la explotación a cielo abierto. Allí, en verano, el trabajo podía ser muy duro, con el sol reflejado en las paredes de las rocas, y el aire, en el interior de las excavaciones, que el viento no movía. En invierno. La estación de las duras lluvias, el trabajo podía ser interrumpido o se hacía

LAS MINAS DE THARSIS

peligroso por las tormentas. El esfuerzo muscular era frecuentemente muy grande siendo la rotura una causa común de lesiones. Alrededor del estómago y el bajo vientre los hombres llevaron puestas, aún en días de mucho calor, apretadas fajas. Dentro de ellas eran portados cuchillos de usos múltiples que se plegaban dentro de su mango (navajas), y que podían quizás ser bien sacados si una discusión o un agravio se hizo demasiado fuerte. Estos fajines fueron una parte tradicional del atavío de los hombres, intentando proteger las partes esenciales del cuerpo contra el frío en el invierno y contra los repentinos cambios de temperatura el resto del año. Fueron la principal defensa contra el enfriamiento y el lumbago. El invierno también trajo problemas de reumatismo; las pulseras de bronce fueron la defensa preferida contra este.

Hombres y mujeres trabajaron juntos: las visitas de dirección quedaban admiradas de la capacidad de las mujeres para transportar sobre sus cabezas. Sus ingresos significaron que las mujeres más jóvenes gozaran de una renta o hicieran una contribución al monedero familiar. Pero estas ayudas podrían ser irregulares, aunque las mujeres fueron utilizadas tanto en los descubrimiento de los filones como en toda la minería de la pirita, la gran demanda real de sus servicios surgía cuando se acometía el descubrimiento de una nueva zona de mineral. La dinamita fue usada cuando el trabajo a realizar era demasiado duro o para las zonas de mineral. Los hombres con sus marrillas y rodos desmenuzaban las piedras o el mineral, llenaban las cajas y las alzaban a las cabezas de las mujeres (y, al principio, de los niños también), quienes las llevaban rampas arriba para llenar el vagón de los mulos de tiro. Los hombres llevaban delantales de cuero divididos en dos, atado debajo de cada rodilla, como los zahones de un cowboy de Tejas; Las mujeres fueron vestidas según la tradición, con faldas voluminosas y unas largas y más bien estrechos delantales rectangulares.

La explotación a cielo abierto dio origen al funcionamiento de una gran fuerza laboral de escasa experiencia que trabajó en unas condiciones que difícilmente aportaba un beneficio social. A lo largo de una gran parte del año el agua fue escasa, haciendo muy difícil limpiarse el polvo y el sudor de ropas y cuerpos. A pesar de todo, estos inexperimentados trabajadores ganaban dos chelines y seis peniques poco después de los años sesenta de este siglo XIX. Esto posibilitó unos ingresos que fueron atractivos comparados con otras posibilidades disponibles. El verdadero minero, realizando las galerías, o trabajando bajo tierra el sistema de hacer habitaciones e ir sosteniéndolas con columnas, recibía desde 3 chelines y 1 penique a 3 chelines y 6 peniques por día. En general, en comparación a los mineros del carbón en Gran Bretaña los salarios eran un 20% menor. Un buen convenio de trabajo era realizado cuando un minero acordaba mover una determinada cantidad de estéril o mineral, en unos términos concertados de previo acuerdo.

Adicionalmente hubo, como en todas las minas, otros grupos de trabajadores que añadieron variedad a la fuerza laboral. Hubo hombres que se encargaron de mantener y trabajar con las mulas de la Compañía, un juego de animales espléndidamente mantenidos que contrastaron extremadamente con las de los campesinos: bestias que conocían los caminos de las minas, y los

límites correctos de su esfuerzo, sabían por el número de choques detrás de ellos cuando un vagón era acoplado a su carga por encima de su propia cuota, y rehusaban moverse hasta que no era quitado. También estuvieron los conductores y fogoneros del ferrocarril de la Compañía, una especial élite de hombres, quienes condujeron los trenes de veinte o veinticinco vagones cargados con mineral hacia Corrales. Detrás de ellos iban cuatro o cinco guardafrenos saltando de un tambaleante y cabeceante vagón a otro cuando el tren amenazaba con quedar fuera de control, aplicando los frenos de bloqueo de madera y provocando chirridos y humo. Una fuente menos dramática pero más importante de accidentes se daba en los patios de maniobra o en las operaciones de cambio de vía. El ferrocarril, en un modo u otro, provocó el mayor número de casos de accidente para los hospitales o cementerios de la Compañía. En la calcinación y procesos de cementación se concentró otro grupo de hombres especializados en la construcción de las teleras y, más tarde, en la gestión del proceso de oxidación al aire libre. Hubo una gran producción de cobre sobre cemento, se agrupó el cobre, se lavó, y se prensó en cilindros o se refinó. Los hombres en los talleres mantuvieron y repararon las locomotoras, el stock de rodamientos y la maquinaria de minería, llevaron a cabo trabajos de fundición, y solucionaron las necesidades de la Compañía con la improvisación de mecanismos o maquinaria. Finalmente estaban los empleados en las oficinas de la Compañía, y los maestros de escuela (sobre veinte en la década de 1890), quienes impartieron la mayor parte de la educación a la población.

En su tiempo libre los trabajadores de la mina iban al campo para cazar; fue una de sus favoritas actividades recreativas la de andar por las laderas en busca de conejos y otra caza menor, una afición útil para la dieta de la familia. Cada hombre ambicionaba tener un perro y una escopeta. Muchos lograban ambas cosas, especialmente los perforistas. Los hombres reducían el coste de su afición a la cacería con la fabricación de sus propios cartuchos. Los pueblos se llenaron de perros, merodeando por las plazas de mercado y añadiendo el consiguiente problema de sanidad. Muchos de los hombres estaban ansiosos por cultivar un pequeño pedazo de tierra; se lo pidieron a la Compañía, especialmente después de que el quemado de las teleras hubiera finalizado; éstos fueron concedidos. Hubo bastante consumo de alcohol, pero la Compañía, mediante el 'tribunal' de la dirección, mantuvo este bajo estricto control. Se mantuvo vigilancia en otros posibles orígenes de disputa; el negociante que deseaba rifar un gallo, por ejemplo, tenía que pedir permiso. Las mujeres, adicionalmente a sus trabajos de las minas, tuvieron los niños, la Iglesia, y los chismorreos en los lavaderos de la comunidad y en el mercado.

Para las faltas contra la disciplina de la Compañía fue establecida una escala de penalizaciones. En resumen el despido venía invariablemente detrás del uso de armas en una riña, de utilizar dinero falso, de emplear un nombre falso, o de insultar o amenazar a la dirección. Las disputas parecen que fueron bastante generalizadas: normalmente a los infractores se le dieron tres oportunidades, acompañadas, en este orden, por una amonestación, una multa de diez reales, un multa del doble y, a la cuarta el despido. Esto se aplicó a problemas entre hombres o entre

LAS MINAS DE THARSIS

mujeres. Las borracheras importantes tenían la misma escala de castigos. En los casos de robos menores, la dirección requería la restauración de la propiedad robada y una explicación sobre la gravedad de la ofensa; después de esto venían dos multas y despido.

El gran día festivo en los pueblos mineros fue el de Santa Bárbara, santa patrona de mineros y de artilleros. Todavía hoy se puede observar tanto en Tharsis como en Calañas la imagen de la santa cuando es llevada en procesión desde la Iglesia al borde de la mina.

Antes de 1900 hubo otras celebraciones organizadas por los barreneros. En Tharsis, ellos se juntaban a eso de las nueve de la mañana en algunos días festivos, llevando sus escopetas. Daban una vuelta visitando la casa de cada miembro de la dirección, disparaban una salva, aceptaban una copa del hombre al que ellos habían honrado, disparaban otra vez. Y continuaban su camino. Cuando los jefes de servicio habían sido así saludados. Los perforistas hacían lo mismo con los capataces, los supervisores y cualquier otra persona importante en que ellos pudieran pensar, y finalmente con sus propios amigos personales. Para las tres o las cuatro de la tarde los de los escopetazos estaban borrachos o bastante cerca de ello, con el peligro de pegarse algún tiro unos a otros. En La Zarza las celebraciones fueron más altamente organizadas pero menos peligrosas. Los perforistas se reunían la noche antes para preparar una cacería y un banquete. La Compañía proveía una serie de mulos con vinos, alcohol, una buena cabra y todo lo necesario para una comida excelente. A mediodía los cazadores llegaban a la finca donde tenía lugar el banquete, y según el número de mineros presentes, ellos disparaban hasta conseguir un número suficiente de conejos con el que hacer algún guiso como segundo plato tras la cabra. Después de la comida los mulateros cargaban las bestias con los utensilios del banquete y se los llevaban; los barreneros-cazadores iban con algunos conejos conseguidos en la cacería y se los regalaban a la dirección, devolviendo de esta forma el cumplido a la hospitalidad de la Compañía.

Más recientemente se ha extendido la costumbre a las minas de Huelva de celebrar el éxito de Colón con unas hermosas festividades, Las Colombinas.

La mayor parte de la dirección fue escocesa, educada en el Presbiterianismo. Con una tradición completamente distinta del catolicismo de los mineros andaluces. A estos hijos e hijas de la Reforma Escocesa la religión de los trabajadores de la mina solamente podía parecerle como las diferentes supersticiones propias de su tierra sobre las que muchos pastores escoceses habían vertido grandes y amargas críticas. La separación entre Escoceses y Españoles fue casi absoluta; el doctor Español proporcionó el único nexo de unión, y esto fue poco significativo.

Hubo también, entre los Escoceses, un muy poderoso sentido de la jerarquía y la autoridad. Una estricta disciplina fue impuesta, para preservar la eficiencia contra el peligro siempre presente de abusar de la relajación. Aquellos que caían en la embriaguez o en el desaliño no recibían la simpatía del director, sino que eran expulsados. Había bastantes problemas si se daban estas circunstancias, pues si el empleado no era ayudado por su propia identificación con

la Compañía o por su propia autodisciplina, las posibilidades de volver eran escasas. La mayoría de los escoceses tomaron poco interés intelectual por España o sus gentes: en parte, sin duda, esto se debió al hecho de que ellos dedicaron poco tiempo de sus vidas al contacto con los grandes centros culturales de España, aunque bien es verdad, que los pueblos mineros estaban poblados por gentes a quienes las tradiciones de sus raíces habían sido cortadas. Un directivo de alta categoría cruzó la barrera cultural y desposó a una muchacha del pueblo. Pronto descubrió por si mismo lo imposible de conservar la disciplina para él, y especialmente para sus subordinados, que fueron incordiados con solicitudes de los familiares y demás relaciones de ella para tener un tratamiento especial; él fue pronto obligado a renunciar.

En este estado de aislamiento, la vida dentro una diminuta comunidad Británica de unas cincuenta personas esparcidas entre los tres centros, estuvo siempre en peligro de caer en el hastío. Un doctor tomando refugio en la excentricidad, mantuvo un búho y un jabalí salvaje. Otro, sobre 1875, mostró su desprecio hacia la nueva Lista de métodos antisépticos dejando el envío de ácido carbónico enviado desde Glasgow intacto durante años. La dirección de Glasgow envió un sacerdote presbiteriano una vez al año para restaurar a la comunidad escocesa en la perspectiva de los asuntos temporales y espirituales: el buen hombre estaba muy cerca de caer muerto a la vista de la dimensión de los malos actos durante su ausencia, a veces escribía a los directores en Glasgow en untuosos términos acerca de la salud espiritual de la comunidad.

Con sus relucientes cascós y chaquetas blancas, montados sobre caballos los cuales ellos conducían con gran orgullo, estos escoceses en su imperio de la colina evocaban la idea de un Rajá no muy diferente del de la India. Ellos cazaban, ocasionalmente mataban un ciervo, un jabalí salvaje o un corzo, aunque por 1880 había muy pocos de estos. Ellos no iban a las colinas durante la época calurosa, como en la India, sino a las 'casas de baño' de la Compañía cerca de la desembocadura del Odiel. Estas debían de ser asignadas con el más estricto respeto a la antigüedad. Había niñeras españolas para los niños, la mayoría de los cuales, cuando se hacían mayores, volvían a Gran Bretaña para ser cuidados en colegios internos, después recibían una educación preliminar de un maestro escocés, absolutamente separados de los niños españoles. Estos Escoceses exiliados tuvieron periódicos ingleses y revistas, un sala de billar, pistas de tenis, y más tarde, el tocadiscos. Hasta que el ferrocarril de La Zarza fue construido ellos se desplazaron de una mina a otra en caballo. Las damas escocesas mantuvieron completamente sus costumbres en sus casas, sin concesión o adaptación a las costumbres españoles. Esto fue recíproco: las muchachas españolas que las damas escocesas cuidadosamente entrenaban en la vida familiar de la dirección, a su regreso a sus propias casas, volvían a los modos de los cuarteles. Realmente, era imposible para las mujeres romper con la forma de hacer las cosas por el día a día y lo limitado de las facilidades existentes en el pueblo. Esta tradición de segregación y paternalismo siguió siendo, mas o menos de manera incuestionable por ambas partes, Británica y Española, hasta al menos 1914; la primera real oposición a esta situación llegaría mucho mas tarde, en los días del comienzo de la República en 1931.

LAS MINAS DE THARSIS

La disciplina industrial tuvo que ser firme y continua: cualquier signo de debilidad de la dirección traía una inmediata respuesta de los trabajadores, especialmente entre la generación más joven, que temía menos por el futuro. En cualquier repentina situación podía provocarse una situación difícil. Particular cuidado fue necesario para supervisar a listeros y almaceneros, asaltados por las adulaciones de familiares y amigos. "Tales gentes", escribió el director general en un vulgar lapsus gramatical, "A mi me gustaría presenciar en un montón de asaltamientos hechos".

Los pueblos de minería fueron, para los ingenieros de minas Británicos encargados de ellos, un dilema permanente. A pesar del individualismo en que ellos se habían establecido, ellos percibieron que una producción eficiente solamente podía existir si había estables y contentas comunidades de trabajadores y sus familias. Los pueblos debían ser lugares en los cuales no solamente las necesidades fisiológicas de las viviendas y la salud fueron cubiertas, sino en que allí hubiera algún tipo de diversión social. Pero fue imposible echar un puente sobre los dos diferentes modos de vida. Fue igualmente imposible entregar la administración de los pueblos a los mismos trabajadores, por el miedo de la dirección a que esto produciría solamente confusión y corrupción. Este dilema no fue, por supuesto, particular de la empresa Británica en España: Apareció igualmente en Gran Bretaña en mayor o menor medida. La larga lucha en Gran Bretaña durante todo el Siglo XIX sobre el derecho al voto tenía que ver precisamente con esta cuestión: ¿Hasta dónde se le delegaba al pueblo el poder y la responsabilidad en los asuntos de comunidad?, o ¿hasta dónde llegaban las cosas que podían ser realizadas por ellos? Pero allí estaba la gran diferencia con España, que con todas las inquietudes y actividades revolucionarias del siglo XIX, la nación en general, apenas consiguió avances en la consecución de una real autonomía respecto al poder establecido.

Legalmente, los poblados fueron suburbios de los pueblos adyacentes: Tharsis de Alosno, La Zarza de Calañas, Corrales de Aljaraque. Pero los Alcaldes y concejales de estos pueblos tuvieron unos ingresos bastante escasos para sus propias necesidades. Además, estos tres pueblos fueron regidos por hombres de la derecha con ningún sentimiento de ayuda para con respecto a los obreros. Ellos ciertamente no podían manejar los asuntos de los nuevos pueblos, de una naturaleza completamente nueva. La única solución posible fue el paternalismo de la Compañía, ejercido sobre el terreno por el director y supervisada por la dirección general en Glasgow. Fue, sin embargo, un paternalismo "Benthamista" (Jeremy Bentham, filósofo y economista inglés N.T.): tuvo que ver únicamente con la administración y gestión: pretendió crear condiciones razonables de vida en beneficio de los aldeanos. La Compañía fue responsable de las calles, agua, alumbrado, limpieza, saneamiento doméstico, y la paz civil. Estas responsabilidades fueron costosas en términos monetarios, pero aún fue más en el tiempo y atención dedicado por la dirección en atender las reclamaciones. En gran parte a fin de asistir en la descarga de estas tareas la Compañía nombró un empleado como Alcalde en cada uno de los tres centros, al que daba una paga extra. Cada cierto tiempo los Alcaldes recibían

instrucciones para hacer visitas de casa en casa e informar sobre el estado de salubridad de las mismas. Además de todo esto, la Compañía tuvo los recursos propios de una sociedad liberal como la de Gran Bretaña, escuelas, una especie de seguridad social, lavaderos públicos y una biblioteca pública. De manera optimista, se abrió una caja de ahorros, aunque ni siquiera el mayor pago a los trabajadores hizo que se inclinaran por el ahorro. En los pueblos de la Compañía todo aquel, casi sin excepción, que no recibía directamente un salario estaba en situación de necesidad.

En aquella época no había seguridad social del Estado de ninguna clase, ni ninguna compensación a los trabajadores hasta 1900. En Gran Bretaña estas cuestiones acababan de comenzar con un inadecuado Acto de Compensación de Trabajadores (1897) y un Acto de Pensión a la Mayor Edad (1909). No obstante, por una larga tradición cada individuo en España tuvo el derecho de asemejarse a la comunidad a la cual él perteneció para suministrársele los medios de vida. La gente de los centros de Tharsis, a finales del siglo XIX, tenían, en general, la edad de trabajar, por consiguiente, no reclamaban sobre ninguna otra comunidad. No raramente ellos consideraron a la Compañía como responsable de la provisión de este mínimo elemento de bienestar social.

Los directores consideraron que ellos no debían usar el dinero de los accionistas para todos estos propósitos, ciertamente ellos hubieran sido responsables ante los accionistas en los tribunales escoceses si lo hubieran hecho. Ellos eran muy estrictos en ser cuidadosos sobre tales nociones: en la única ocasión en la cual el Informe Anual contuvo alguna referencia adicional a los trabajadores este fue criticado por un accionista, un médico, sobre un terreno que fue arreglado, ocupando un espacio de tiempo que debía haber sido dedicado a la discusión de la perspectiva de dividendos. Allí quedó solamente un sistema de caridad gratuito, administrado por el director gerente bajo la firme supervisión de la dirección general. Estaba a 'Lista de Socorro', en la que los que estaban heridos o temporalmente desempleados podían aparecer, y la 'Lista de la Peseta' en la que estaban los nombres de unos pocos que, jubilados o viudados, recibían con regularidad por generosidad de la Compañía una pequeñísima paga. En mantener las listas el director estuvo ayudado por los Alcaldes quienes aconsejaron acerca de las necesidades.

El precio de los alimentos en los pueblos fue el más delicado y potencialmente explosivo de los problemas con los cuales la dirección tuvo que tratar. Desde el principio existió el peligro de explotación por monopolios de comidas: la solución de la Compañía fue mantener sus propios almacenes soportando los gastos de transporte y venta a fin de que los precios estuvieran cerca del coste real. Además las malas cosechas podían provocar serias carencias; en tales casaciones, fue necesario introducir un subsidio para alimentos, la Compañía soportaba el incremento de precios hasta que la situación de emergencia terminaba. Por esto, en los tiempos de escasez de alimentos las demandas de aumento de salarios eran previstas. Durante la Guerra de Cuba (Abril-Octubre de 1898) el precio del pan subió muchísimo (más del doble entre 1897 y 1898). Esto hizo temer que hubiera algún clamor general y disturbios: la

LAS MINAS DE THARSIS

Compañía subsidió el pan y otros alimentos básicos fijando su precio, en un nivel no muy por encima de su precio normal. Por otra parte, el intento hecho en América de monopolizar el trigo fracasó, y entonces el precio cayó.

De cuando en cuando fue necesario purgar los pueblos de indigentes. Viejos e incapacitados trabajadores, un incrementado número de mendigos, y un crecimiento en el número de viudas ocupantes de las casas de la Compañía hicieron esta tarea necesaria. La Compañía conocía por su experiencia que si tales orígenes de malestares eran permitidos se producía la desestabilización de todo el pueblo. Tharsis, escribió el directivo Rutherford; director desde Glasgow, 'no es un centro de recreo o un lugar de residencia para mujeres indigentes sino un campamento de mineros'. En consecuencia, pequeñas subvenciones fueron pagadas al viejo o incapacitado para establecerse en otra parte, el mendigaje fue terminado, unas veces por el premio de 'socorro', y otras cerrando herméticamente la política de viviendas. Fue una tarea desagradable.

El alojamiento fue un problema crónico. Igual que cualquiera de las autoridades públicas a las que la Compañía acudió siempre, en un sentido, en las deudas atrasadas. Sus casas, construidas bajo unos estándares mínimos, y sometidas a una seria superpoblación se deterioraban. Los aceptados estándares convencionales, especialmente después del siglo diecinueve, tendían a subir, produciendo que los pueblos aparecieran aún más escuálidos. La demanda de trabajo en la Compañía podía variar considerablemente a lo largo de los años, con el resultado de que en poco tiempo las condiciones de alojamiento se podían deteriorar rápidamente. El que estuvo bien alojado no hizo referencia pública a las circunstancias; los mal alojados podían sin embargo alzar la voz. Estas últimas familias parecen que eran particularmente numerosas: 'Los más necesitados son ellos', se quejaba el primer Rutherford, 'los muchos niños que ellos parecen tener'. Los aldeanos podían a duras penas solucionar los problemas de las viviendas por ellos mismos, aunque unos pocos de los 'en precario' lo intentaban de cuando en cuando.

La Sociedad de Enfermos podía conducir a fingir enfermedad. Cualquier provisión para beneficio del enfermo, especialmente si estaba a cargo de niños, podía fácilmente llegar a una cantidad que hacía la asistencia al trabajo poco atractiva. Los doctores españoles de la Compañía, bien por simpatía o por dejadez fueron marcadamente más generosos que sus colegas escoceses.

Este sistema general de funcionamiento de los aldeanos fue malo para ambos lados. Hizo a la dirección arrogante, o por lo menos tomaron un muy mal concepto de la capacidad social de su empleados. Hizo a los aldeanos irresponsables, pues, lejos de tratar de realizar el sistema de trabajo, ellos frecuentemente lo consideraban como algo totalmente ajeno a ellos mismos, y que eran explotados y acosados cuando una oportunidad se presentaba. Esto provocó a los Ayuntamientos de Alosno y Calañas, e incluso un celoso y animoso Alcalde fue a las Oficinas, para atacar a la Compañía por su fracaso en proporcionar mayores facilidades a los trabajadores.

En parte a fin de escapar de este dilema, Verel, el director general (1883- 98) volvió, de una forma muy limitada, a una nueva formula del principio de autoayuda. En 1895 los Clubes de los trabajadores fueron creados, y en 1896 fueron establecidas almacenes de cooperativas para reemplazar los almacenes de la Compañía. Todos se dieron prisa en adherirse para beneficiarse. En un principio el esquema funcionó bien. El director fue felicitado desde Glasgow por el comportamiento de los trabajadores 'al papel de su temperamento y aguante para los unos con los otros'. Pero no fue mucho antes de que las energías políticas de los hombres, que tenían negadas cualquier otra salida por el estado general de las normas españolas, se concentraran, sobre todo en las Cooperativas. Los comités de dirección fueron disputados por los disidentes; grupos venidos a ser casi partidos se levantaron, y el director tuvo constantemente que intervenir, purgando los minutos de reuniones de polémicas, y tratando para asegurarse la elección de directivos que hicieran funcionar la Cooperativa eficientemente en vez de reducirla a un círculo de discusiones de partido. Inevitablemente un grupo de trabajadores se identificó con los intereses de compañía, así pues se hicieron un blanco fijo de las críticas. Una de las líneas favoritas de ataque fue para exhortar a que se deshicieran de los dividendos de la cooperativa: los precios debían ser bajados de inmediato en función de la magnitud de los dividendos. Por 1904 hubo una presión firme sobre la Compañía para que dejara disponible tierra de pastoreo a fin de que un grupo de trabajadores pudieran entrar en el negocio de la carne. Por esta época, William Rutherford I, quien había sucedido a Verel en 1898, llegó a alarmarse, 'Ellos se traen muchas cosas entre manos', escribió, 'y me temo que ellos están decantados por convertirse también en socialistas y más tarde querrán trabajar en las minas sobre un sistema tributario'. Por 1913 él fue advertido sobre la sociedad cooperativa de La Zarza. 'Sus figuras son muy grandes, y uno casi siente en medio de nosotros un cuerpo demasiado fuerte'. Así que la Compañía, inquieta, se hizo consciente de la inevitable e invariable tendencia en el moderno mundo exterior de pasar de docilidad hacia reivindicación. Incluso los trabajadores antiguos, aunque sin organización sindical efectiva, habían aprendido como hacer protestas en la industria, tanto si se agotaba la peligrosa dinamita, el explosivo para la piritita como los equipos de seguridad.

Contra la incipiente tendencia hacia una mayor articulación por los trabajadores, la Compañía hizo lo que pudo para crear un ambiente de lealtad y aceptación. Es cierto que los dividendos de la compañía en los primeros cincuenta años de su existencia antes de 1914 fueron muy grandes. Pero ellos tuvieron muchas dudas, principalmente con el precio mundial del cobre. La Compañía sabía que estaba acercándose el fin de sus recursos de cobre, así es que difícilmente podía contemplar una subida en la escala de salarios u otros beneficios sociales que no pudieran ser mantenidos. Además se realizó una dura política de ahorro para conseguir reservas especiales y prevenir contra la llegada de épocas de pocos beneficios. Una reflexión cuidadosa se daba al programa de desarrollo, de manera que los empleos estuvieran disponibles en los tiempos malos y en los buenos. La Compañía empleó a los hombres en el mantenimiento en lugar de darlos de baja y estuvo siempre en grave peligro de dañar su propia eficiencia, pues los trabajadores muy pronto tomarían un inflado número de hombres para realizar cualquier tarea.

LAS MINAS DE THARSIS

Charles Tennant, en su mejor época, tuvo siempre un buen conocimiento práctico de la Compañía. La verdadera responsabilidad, aparte de las cuestiones de alta política, se encontraba en el director general, o después de 1916, en el director administrativo. Cada año él viajó desde Glasgow para hacer su visita a las minas, para buscar contestación a las muchas preguntas que tenía almacenadas en su cabeza, para reorganizar él mismo con un gran sentido profesional los trabajos y los pueblos, y para hacer visible la última sanción sobre la cual todo norma descansaba. Pero la mayoría del tiempo él estaba en la oficina de Glasgow, trabajando con cartas, planos e informes de la dirección en la mina, enviando una corriente continua de cartas y telegramas alrededor de las cuales las energías de la dirección de la mina y de sus empleados giraban. Este sistema, por su gran lejanía, adquirió fuerza, el director general no estuvo afectado por el clima español y estuvo libre de las frustraciones de las minas y pueblos. Por otra parte él estuvo en contacto con otros industriales británicos y hombres de negocio, conociendo que estaban haciendo en otras empresas de minas, en los mercados de productos de la Compañía, y en la más amplia esfera de economistas y políticos. No de menos importancia, era el hecho de que desde su muy lejano lugar de acción él tuvo una mayor influencia sobre los oficiales y políticos españoles, tanto al nivel de la provincia de Huelva como al más alto nivel de Madrid.

El primer Rutherford (director general 1898-1913) tuvo un entrañable y sincero interés en la vida de los aldeanos. Él sabía como llamar la atención de los sentimientos con las sensaciones, usando la visita de los directores, sobre cada dos años, como una gran ocasión en la cual todo el ánimo era puesto en escena. El coche especial del presidente era sacado desde las cocheras, resplandeciendo su metal, y era enganchada a una immaculada locomotora.

Cuando el tren llegaba, una serie de cigarros puros eran obsequiados, en una cuidadosa escala de graduación a conductor, fogonero y jefes de estación. Era dispensada mucha hospitalidad, y se daban felicitaciones a quienes habían servido bien a la Compañía.

No es fácil reconstruir el estado de ánimo de los directores, llevando como ellos hacían la gran responsabilidad de crear y operar un muy gran complejo minero y metalúrgico en España. Había poco reconocimiento en Gran Bretaña al esfuerzo que habían estado realizando para el crecimiento de la industria.

A finales de los años ochenta (s. XIX) hubo acusaciones de que los directores británicos tenían la costumbre de considerar la propiedad de la mina como sus propios dominios, y de no tomar verdadera cuenta de los efectos sociales de lo qué ellos estaban haciendo. Ellos fueron comparados desfavorablemente por algunos críticos a sus colegas alemanes, acusados de dedicar mucha menor atención al alojamiento, calidad social y entretenimiento que ellos debían haber dado. Un directivo, después de una visita a las minas en una época de desempleo, deseó hacer un reparto de dinero; el director general tuvo que quitarle esa idea en el acto, esto podría haber alterado el orden establecido y generado serios disturbios en las delicadas

relaciones entre la dirección y los trabajadores. En Rio Tinto el sistema escolar empezó pero no a cargo de la propia Compañía, sino con cargo a los gastos personales del presidente, Hugh Matheson: Él tuvo para demostrar al personal la necesidad de la enseñanza, que organizar una escuela, y probar con la experiencia de que era apreciada, antes de que la Compañía se preocupara por sí misma. Matheson También luchó duro y mucho para persuadir a su colegas de Rio Tinto de que no se debería trabajar en Domingo.

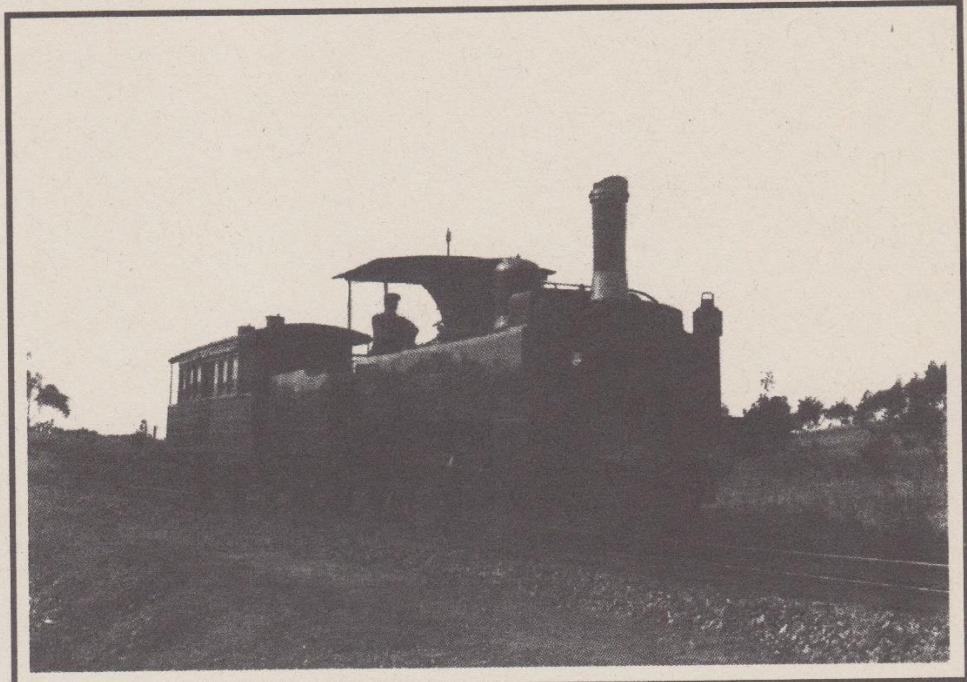
Hubo demasiadas acusaciones de que los directores británicos fallaron en alentar en la minería británica la formación con la vigorosidad que ellos deberían haber tenido, permitiendo a los ingenieros de minas alemanes, con sus acertadas ciencias y su adiestramiento técnico, sobrepasar al británico. Inactivo hasta al menos terminados los 80 (s. XIX) la formación en minería en Inglaterra estaba en peligro de convertirse en una mera introducción a la formación en el Continente. La 'Real Escuela de Minas', evolucionada desde las 'Prospecciones Geológicas', fue formada en 1851 para impulsar la explotación de los recursos minerales de Gran Bretaña y las colonias, aunque hizo también notables contribuciones a la ciencia a través de Playfair, Huxley, Tyndall, Hofman y otros, y contribuyó mucho al debate en la educación científica y técnica, su futuro estaba todavía en el aire a finales de los 70 (s. XIX). No contribuyó realmente a la ingeniería de minas en ninguna escala de valores hasta muy a finales del siglo diecinueve, con la atención dirigida a Malasia e India. La Escuela de Minas de Camborne en Cornwalles se levantó desde distintas iniciativas en los años 50 (s. XIX) y fueron fusionadas en 1909. Un buen trabajo se hizo en la educación de los mineros, pero hubo una pequeña verdadera contribución a la ingeniería de minas.

Grandes sin embargo, fueron los esfuerzos de la Compañía para anticiparse a los intentos de organización sindical, que no estaban pudiendo ser parados, mediante visitas del presidente, con la provisión de empleos en los malos tiempos, y con la negativa de un lugar de reunión para los agitadores. Hubo tumultos entre los hombres de los hornos de Rio Tinto en 1888; allí los intentos de huelga habían sido anteriores. Las primeras huelgas en Tharsis (desde 1873) vinieron en Junio y Julio de 1900, la primera duró ocho días y la segunda doce. La Compañía encontró toda la cuestión de la organización de trabajadores y la agitación demasiado inflamable incluso para permitir sus debates: una petición para usar la escuela de Corrales para una conferencia sobre los asuntos de cooperativas y huelgas fue rotundamente rechazada: 'en lo que se refiere a las huelgas', dijo William Rutherford I, 'Lo menos que se use la palabra mejor para los trabajadores'. Pero tal resistencia, todo lo más, retrasó lo inevitable. Unos pocos de trabajadores probaron a resolver sus problemas emigrando a Brasil y a Argentina.

Por 1912 el unionismo sindical verdaderamente había llegado. La Unión de trabajadores del Ferrocarril, los 'Ferroviarios', fueron muy activos; incluso hicieron una huelga general de ferrocarriles en 1912 amenazando con hundir el país en la anarquía. Habían reclutado el 29 por ciento de los trabajadores de la Compañía de Tharsis. Su objetivo era aumentar la escala de salarios y las condiciones de empleo, pero fue también fuertemente sindicalista,

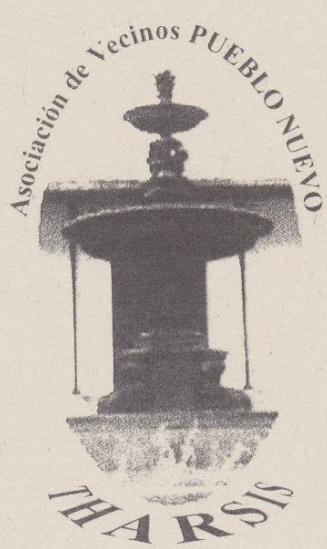
LAS MINAS DE THARSIS

preparándose para el día en que una huelga general podría ser proclamada y tuviera que intervenir el estado. Siempre que no se recurriera a la violencia, estas huelgas fueron (desde 1881) completamente legales. La Unión de Ferroviarios no se limitó a los hombres del ferrocarril sino que enroló a trabajadores de todos los tipos. Uno de sus principales agitadores fueron los sastres en Tharsis. Los 'ferroviales' pidieron al director que despidiera al maestro de escuela de Corrales porque él era un inútil viejo estúpido, continuamente en contra de las demandas de ellos mismos desde que ingresó en la Unión.



Había habido problemas en las minas de Riotinto y Perrunal; estos se extendieron a los centros de Tharsis. Los mecánicos y otros trabajadores cualificados de Corrales apoyaron entusiasticamente la huelga, bloquearon el muelle y el depósito. Sin embargo en general, los trabajadores de La Zarza se mantuvieron detrás de sus líderes, en contraste con los mucho más combatientes de Riotinto.

La Compañía recibió peticiones para un aumento en las pagas, una disminución de las horas de trabajo, y pensiones para los de mayor edad. En general por la recomendación del director las pagas fueron aumentadas y las horas fueron acortadas como premio por la lealtad. El sueldo mínimo de once reales por día fue elevado a doce, y aquellos que estaban percibiendo doce pasaron a recibir trece. El tiempo medio de trabajo por día en la Compañía paso de nueve horas y cinco minutos a ocho horas y media, el tiempo restante se pagó como horas extraordinarias. Nada hubo de la propuesta de pensiones, aunque la Compañía mantuvo a unos cuarenta trabajadores ancianos necesitados con una peseta por día. Los trabajadores en La Zarza se tranquilizaron, aunque hubo todavía algunas agitaciones en Tharsis y Corrales. La Unión del Ferrocarril fue abandonada, sus líderes fueron repudiados verbalmente y por escrito. Pero esta pronto resucitaría.



Asociación de Vecinos Pueblo Nuevo
THARSIS

Sydney Checkland

Historiador económico



Sydney George Checkland
British-Canadian economic historian.

[Sydney Checkland - Wikipedia](#)

Nacimiento: 9 de octubre de 1916, Ottawa, Canadá

Fallecimiento: 22 de marzo de 1986, Cambridge, Reino Unido

Educación: Universidad de Birmingham

Pareja: Olive Checkland

Libros: The rise of industrial society in England, 1815-1885,

Premios: Miembro de la Academia Británica

